

# Manos literarias

Sandra Lorenzano

*La escritura como una forma de desgarramiento: Sandra Lorenzano, quien ha destacado con una mirada intimista y profunda desde su novela Saudades, explora el dolor de la creación en este relato que se extiende hasta las regiones de la poesía.*

I

Cada vez que pone las manos sobre el teclado de la computadora se descubre una nueva herida. Son pequeñas, algunas casi imperceptibles. De pronto se da cuenta de que tiene una gota de sangre seca en el borde de las uñas. Como si durante la noche se hubiera estado arrancando los pellejos. ¿Hace eso por las noches? ¿En sueños? ¿Será una sonámbula obsesionada con las manos?

Hace poco leyó algo de Sábato (¿en *Antes del fin*?) donde habla del sonambulismo que tenía en la infancia. Su madre le contaba cada mañana el episodio de la noche anterior: él se levantaba de la cama, iba al cuarto de los padres y hablaba. ¿Estás segura?, preguntaba dudoso y asustado. Quizá lo que leyó no sea exactamente así, pero ésa es la historia que recuerda. Piensa que a ella nunca antes le había interesado ese tema. Tampoco está segura de que le interese ahora. Nadie le ha dicho que hable o camine cuando está dormida. Pero le preocupa ese ir arrancándose la piel de a poco, sin conciencia de hacerlo, y descubrir las marcas al día siguiente al apoyar las manos sobre el teclado. Tiene la certeza de que esas heridas contaminarán de alguna manera lo que escriba. Ha llegado a pensar incluso en ponerse guantes para escribir. ¿Guantes de cirujano para no perder la sensibilidad en la yema de los dedos? Un bisturí cada palabra. Y la gota de sangre. Seca.

II

*Antes de tus ojos suave hermana, las moscas se reseaban sobre la tierra.* Eso es lo que dicen los cubos con los que juega a hacer poesía. “Haikubes”, se llaman. No le interesa hacer versos de cinco y siete sílabas, sino dejar que las palabras fluyan confiando en el azar y en el misterio de las imágenes. ¿“Suave hermana”? Le molesta un poco el adjetivo. Sacude cuatro dados a ver si el nuevo resultado es mejor: tortura, superficie, clamor, agua. (...) Tampoco. Se queda con la suave hermana. Combinar “resecá” con “agua” es algo demasiado obvio. “Tortura” es una palabra que no le gusta. Leyó alguna vez los testimonios del *Nunca más*. Ayer alguien le contaba que también a los migrantes centroamericanos les arrancan las uñas. Uno de ellos —apenas un adolescente— no se atreve a salir del albergue. Lleva meses encerrado ahí. Lloro en las noches. Cuando duerme, grita. Empezó muy chico a ganarse unos pesos asesinando en su país a quien le señalaran. Dice que cuando cierra los ojos se le aparecen los rostros de esos muertos. Quiso llegar a Estados Unidos para reencontrarse con su hermano mayor. Lo detuvieron en la frontera. En la del sur. Lo torturaron. Y ahora grita por las noches.

Ella se mira los dedos y las pequeñas gotas de sangre. Otra herida en la muñeca izquierda. La tiene desde hace varias semanas. Le había parecido que ya estaba

cicatrizando. Pero hoy vuelve a ser de un rojo encendido. ¿Se quitará la costra en sueños?

III

Sabe que de chica dibujaba personajes sin manos. Rebatía cualquier invitación a hacerlas explicando al adulto de turno que le resultaba muy difícil. Cuando escuchaba las interpretaciones psicológicas que les daban a sus padres, sentía que hablaban de otra persona. Nadie parecía darse cuenta de que el suyo era un problema puramente estético.

IV

Se extasía mirando las manos ilustradas que ha fotografiado Shirin Neshat. Historias infinitas narradas en las palmas de alguien frente a una pistola. Caligrafía exacta. Imagina un pincel que, mojado en henna, dibuja los sueños amenazados por no sabemos qué afán de borrar a los tejedores de historias. Podrían ser también imágenes esbozadas con sutiles puntadas sobre la piel. Un camino de sangre apenas insinuado llevaría al origen del relato.



Ritual de mujeres que sella así las complicidades de la memoria. Caricia, golpe, cuna, cuenco.

V

Hoy despertó con una nueva herida. En la muñeca derecha. ¿Contra qué se golpea cuando duerme? Sus manos parecen independizarse del resto del cuerpo. Recuerda la historia de un soldado cuyas manos ignoraban lo que hacía la compañera. Como si pertenecieran a dos personas diferentes. Una llevaba la comida a la boca. La otra se la arrebatava. La herida de la muñeca derecha es más profunda que las demás. La izquierda la acaricia sorprendida. Las apoya sobre el teclado: el haiku tendría que hablar de algo diferente. Ni tortura ni tierra reseca, hermana. El azar le regala “nunca”, “lugares”, “inventar”. Ella sólo percibe una imposibilidad, pero no se atreve a descartar ninguna de las palabras. Acomoda los tres dados junto a la computadora. Intenta ignorarlos. Como si no hubieran llegado ahí convocados por ella misma. Como si el juego aún no hubiera comenzado. Siete sílabas. Cinco. Siete.

VI

*Los lugares del nunca*  
*Del caracol*  
*Inventan serpentinatas*

Guarda los dados. Podría dibujar esa imagen sobre las palmas de las manos que alguien le ofreciera. Con un delicado pincel mojado en henna. O con suaves puntadas que apenas atravesaran capas de piel transparente. Un caracol avanzando despacio entre los dedos.

VII

La persigue la imagen perturbadora de un bebé con las manos cubiertas. Alguien le ha contado que les ponen medias para que no puedan chuparse los dedos. ¿O lo ha leído? Tal vez ella dejaría así de lastimarse. Imagina las pequeñas gotas de sangre sobre la media que no podría ser sino blanca.

VIII

También le han aparecido algunas manchas. Pecas, dicen. Por la edad. Le da vergüenza sentirse más joven que sus manos. Le da vergüenza recordar el horror que le provocaban las manos de las tías viejas de su ma-

dre. Llegaban cada tanto: altas, gritonas, y ella les miraba las manos pecosas. Eran los puntos a unir para dibujar la vejez. Como los puntos que unía en la revista infantil que el repartidor les dejaba cada sábado. La vejez llegaba con gritos y manchas. Con olores en los cubos oscuros de los edificios. Prefiere arrancarse las costras. Dibujar otro mapa posible con el bisturí del insomnio.

## IX

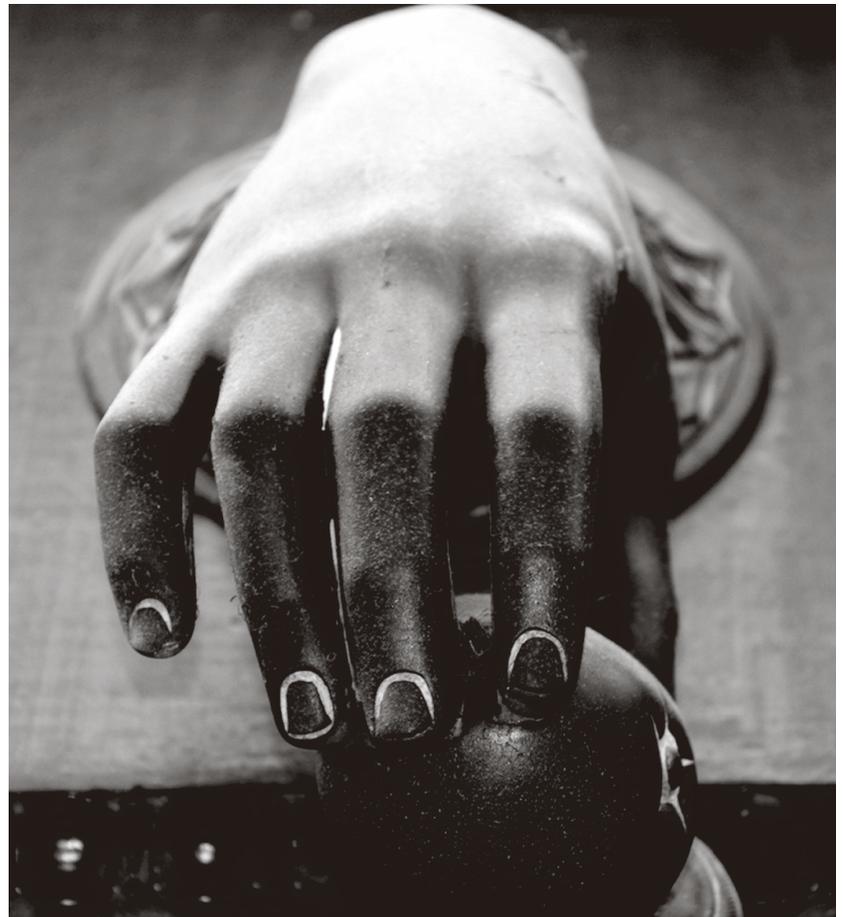
Tiene la palma grande. Lo ha contado otras veces. Como si generaciones de campesinos se hubieran dado cita en sus manos. Son fuertes, como eran las de su madre, y dejan ver venas claras, duras, casi violentas. No le gustan las manos pequeñas y suaves. O las que la gente deja caer cuando ella busca estrechar, apretar. Hay manos que se escurren. Y a pesar de eso no hubo campesinos en la historia materna. Tenían prohibido trabajar la tierra. Nada que propiciara las raíces, ni la voz sedentaria que habla junto al fuego. Pero sostenían el mundo y su destino cada vez que cambiaban la hoja del libro.

## X

Pone las manos sobre el teclado. Sin guantes de cirujano. Sin bisturí. Sin las puntadas que dibujan como henna el mapa del desarraigo. Sólo unas gotas de sangre seca junto a la uña más pequeña de la mano izquierda. Anoche no se arrancó la costra en sueños. No hubo nuevas heridas. Como si hubiera dormido con las manos metidas en medias blancas. “Abre la mano, la extiende y dice calma”, escribió Chantal Maillard. Una poeta de la pérdida. Pero no aconteció. La calma, piensa. En ninguna de las fronteras del sueño. El sicario casi niño llora apenas cierra los ojos. Ruega tener sueños blancos. No poblados de rostros. Se arranca las vendas de las manos. Nada ha cicatrizado aún.

## XI

Y a pesar de todo, *las moscas se resecarán sobre la tierra*, como dijeran los cubos. Habrá entonces quien tome alguna entre los dedos para mirar al trasluz la filigrana de las alas y tratar de adivinar los cientos de pares de ojos. No obstante, ellas se saben inmortales. Habitantes de un presente eterno. En el umbral de la vigilia se coloca cinco en cada mano, lentamente, con devoción casi las acomoda sobre la piel. Como si toda su vida no hubiera sido sino la búsqueda de ese instante. Sabe que es otra en la multiplicación vertiginosa de las miradas.



## XII

El verso sería despojo de otras guerras. Aun si sólo se quedara con el 5-7-5. Porque el ritmo se repite incluso al respirar. O al cantar (mal, desafinando, quién le creería el linaje al escucharla). Por eso sacude los dados (dentro de las manos). Cada palabra: una nueva puntada (o una pincelada de henna oscura). *Los lugares del nunca*. El hilo atraviesa la piel finísima. Prueba nuevamente con el azar: cada herida es paralela al viaje del caracol (del inicio) entre las manchas. Aparecían siempre después de la lluvia, como recién sembrados, para respirar el aire renovado, la tierra húmeda. Los caracoles, piensa. La calma.

## XIII

El corte más reciente dibuja el tramo ínfimo de un mapa que no logra identificar. Como si estuviera perdida dentro de su propia casa. Ausente de su cuerpo. Las manos responderían entonces a un orden diferente. Caricia. Golpe. Cuna. Cuenco. El deseo que se arrastra por un sueño ajeno. El bisturí de las palabras. Hubo quien prefirió quedarse sin párpados antes que ver lo que soñaba el chico de la frontera. (Aún se despierta gritando y sin uñas). Ella sigue con el índice derecho el rastro del caracol (puntada suave bajo la transparencia de la piel). **U**